Platón

Protágoras
Gorgias
Carta séptima

Introducción, traducción y notas
de Javier Martínez García

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1998
Segunda edición: 2015
Tercera reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: Javier Martínez García, 1998
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1998, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-9868-7
Depósito legal: M. 433-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11 Introducción
39 Bibliografía
43 Tabla cronológica

45 Protágoras

131 Gorgias

275 Carta séptima

A las mujeres de mi familia

Introducción

1. Presentación

No es propósito del presente libro añadir a la traducción una detallada introducción a Platón ni tampoco realizar un comentario de las obras traducidas, por lo que no voy a extenderme en estas primeras páginas y me limitaré a presentar el libro y a exponer algunas consideraciones particulares sobre la obra de Platón. Para iniciarse en las teorías platónicas, profundizar en su pensamiento o para una lectura de acompañamiento a esta traducción remito al apartado bibliográfico, donde he introducido sin carácter exhaustivo publicaciones que habrán de servir de consulta y con las que el lector interesado podrá abrir una brecha en la masa inmensa de todos los escritos dedicados a Platón y a su obra. Las publicaciones son en su mayoría de reciente aparición, y a través de sus apéndices bibliográficos correspondientes se podrán encontrar obras más antiguas.

La selección de dos diálogos de Platón, el *Protágoras* y el *Gorgias,* y de la *Carta séptima* para su inclusión en este libro no es casualidad ni azar, más bien es producto de una clara decisión por escoger dentro de toda la producción platónica obras que ofrecieran un pensamiento relativamente homogéneo, pero que a la vez tuvieran distintas estructuras y disposiciones formales. Por ello se han seleccionado dos diálogos de la primera época y la carta, que puede servir de precioso y vívido epílogo a los dos diálogos anteriores. En efecto, en la lectura de la carta queda patente que las preocupaciones de Platón en sus últimos años vuelven a retomar el vigor que tuvieron en su juventud. Por otra parte, las tres obras tienen para el lector actual un atractivo que puede que muchas otras del mismo autor no posean: las tres son producciones con un valor literario enorme y las tres contienen ideas y pensamientos que todavía el hombre de hoy siente muy próximos.

2. Platón

Escribir una semblanza fiel de la vida y obra de Platón es difícil debido por una parte a su polifacetismo y por otra en razón de la influencia tan decisiva que ejerció sobre nuestra cultura occidental; y es que no se puede comprender el pensamiento ni la religión europeos si no se conocen las doctrinas platónicas ni su filosofía. Sin embargo, esta influencia se ha mezclado con otros muchos elementos ideológicos y culturales que impiden la visión clara de lo platónico en nosotros, y para llegar a recono-

cer éstos se hace necesario muchas veces operar en su separación con sumo cuidado. Para la expresión de su pensamiento, Platón se valió tanto de la oralidad como de la escritura, y gracias a ésta se conserva un legado impresionante que contiene producciones de bellísima factura, consideradas unánimemente como obras maestras de la literatura.

Las referencias a la vida de Platón han de buscarse en fuentes directas, como son sus escritos, aunque entre ellos hay algunas obras de difícil asignación, pues este corpus platónico tal como se conoce hoy se formó de manera definitiva en el s. I d.C. y por lo tanto es una colección de escritos que surgió entre los ss. IV y I a.C. Es decir, este corpus platónico contiene sin lugar a dudas obras que no proceden de la mano directa del maestro, sino de sus discípulos o de personas íntimamente ligadas al círculo de la Academia. Un caso ejemplar es el de la *Carta séptima,* cuya autoría es aún muy discutida (cf. *infra* § 7). En ésta aparecen detallados algunos hechos de la vida de Platón que no están transmitidos por otras fuentes, y por tanto resultan preciosos para conocer la faceta humana del filósofo.

Por su ascendencia, Platón era de una familia distinguida y muy bien situada socialmente. Se decía que la familia de su padre estaba emparentada con los antiguos reyes de Atenas, y por ende, con el dios Posidón; por parte de su madre, Perictione, estaba emparentado con Cármides y con Critias, tío y tío segundo respectivamente, que fueron personajes de enorme relevancia política durante los movimientos de corte oligárquico tras las Guerras del Peloponeso. El tiempo en que Platón vivió

(427–347) fue una época llena de vicisitudes políticas y movimientos sociales; también fue una etapa de apogeo cultural con una intensa actividad intelectual. Las preocupaciones políticas de Platón se vieron igualmente marcadas tanto por sus ascendientes como por la influencia de Sócrates y la posterior muerte de éste bajo un régimen que debería considerar al menos como afín. La enorme decepción que experimentó con la muerte de su maestro le impulsó a mejorar la idea de estado y a poner en práctica sus propios ideales en la corte de Siracusa, a la que viajó tres veces (cf. *Carta sépt.* 324d ss.). Los esfuerzos para crear un estado cuyo funcionamiento se basara en principios de sabiduría y moralidad se vieron definitivamente frustrados por las muchas disensiones políticas internas de Siracusa; sin embargo en estos viajes Platón entró en contacto estrecho con la escuela pitagórica y en especial con su representante, Arquitas de Tarento (cf. *Carta sépt.* 350a). Testimonio de la atracción que sintió Platón por esta escuela es la frecuente presencia de elementos pitagóricos en sus escritos.

Un hito crucial en la vida de Platón supone la creación de la Academia en el año 387. En este edificio se aunaban una institución de enseñanza e investigación, una biblioteca y un santuario consagrado al héroe local Academo. La nueva escuela filosófica de Platón constituyó un contrapeso a las escuelas retóricas tan en boga por aquella época, y en especial a la de Isócrates. En la Academia enseñó Platón hasta su muerte en el 348, y la ausencia del maestro no supuso la desaparición de su fundación; antes bien la tradición se afianzó y prosiguió ininterrumpidamente hasta el 527 d.C., cuando por el

edicto de Justiniano se prohibieron las escuelas de filosofía.

Las enseñanzas en la Academia eran orales, y Platón mostraba una abierta renuencia al uso de la escritura para la transmisión doctrinal (sobre este aspecto, v. *infra*). La enorme producción literaria que Platón ha legado no debe ser interpretada como una contradicción del maestro, sino más bien como una clara voluntad de adaptar y de hacer atractivo el mensaje filosófico a un público muy distinto de los alumnos que frecuentaban la Academia.

3. Los escritos

Algunas obras de Platón han ejercido una poderosa atracción ya desde la Antigüedad, y prueba de ello es un testimonio transmitido en el corpus aristotélico donde se encuentra una interesante anécdota que pone en evidencia hasta qué punto podía ejercer su influencia sobre los hombres una obra de tema filosófico en la Grecia del s. v. Según cuenta este autor, había un campesino de Corinto que tras leer el *Gorgias* dejó su campo y su viñedo y entregó su alma y todo lo suyo a Platón con el fin de que la cultivara y en ella crecieran sus enseñanzas[1]. Del mismo modo, el lector moderno no dejará por menos de verse sustraído en estos próximos diálogos por la fuerza con que se forja el pensamiento y la intensidad con que se encuentran expresadas las ideas en ellos.

1. Cf. Arist. fr. 64 Rose.

La interpretación de la obra platónica pasa por definir la relación que quiso establecer Platón con el lector, y una cuestión que se habrá de tener presente es la reluctancia que muestra Platón contra la manifestación escrita de las ideas[2]. Es un hecho conocido que Platón no confió todas sus doctrinas a los libros y evitó que una parte sustancial y esencial de éstas circulase libremente, permitiendo sólo dentro de su círculo su transmisión oral, que desde Aristóteles se ha dado en llamar «doctrinas no escritas» *(ágrapha dógmata)*[3]. Pese a estas reticencias, Platón escribió casi toda su obra en forma de diálogos cuyo protagonista es Sócrates, que discute con uno o varios interlocutores. Al elegir esta forma literaria, Platón opta claramente por un camino propio para dar cauce a sus escritos en franca oposición con el tratado, que era el género habitual en aquella época para las publicaciones de carácter filosófico. ¿Qué mueve a Platón a preferir el diálogo? El diálogo, en su forma, refleja con gran fidelidad la dialéctica: la interacción intelectual de los que participan en él y el abanico de posibilidades con que se puede influir directamente sobre el lector. Teniendo en cuenta esta perspectiva, las ventajas de un diálogo resultan evidentes y son mucho mayores que las de un tratado, no sólo por la viveza y la naturalidad propias del género, sino porque además el autor puede tomar la identidad que le convenga e incluso puede hacer que va-

2. Cf. *Carta séptima* 341b-344e, *Fedro* 274b-278b, *Protágoras* 329a; v. además Aristóteles *Phys.* 209b lin. 11 ss.
3. Aristóteles menciona doctrinas no escritas *(Phys.* 209b13 ss.) y también comentarios orales *(EN* 1905a32 ss.).

rios personajes adopten sus propios pensamientos. Este último aspecto es tal vez el más interesante, pues a diferencia de un tratado, las tesis sostenidas para la resolución de un problema pueden ser rebatidas y vistas desde distintas perspectivas sin que el autor tenga que identificarse necesariamente con cada una de ellas. La interpretación de los escritos platónicos adquiere otra perspectiva, pues vista bajo esta luz, cuando pone en boca de otros de una manera esporádica sus ideas, y diversifica de este modo su actuación indirecta en el diálogo, resulta difícil saber cuál era el pensamiento real del autor.

A estas consideraciones anteriores ha de añadirse el hecho de que Platón, como se ha indicado más arriba, no siente aprecio por los textos como medio de transmisión de conocimiento; el medio idóneo es para Platón la transmisión oral, a la que concede prioridad absoluta (cf. las referencias en la n. 2). En el diálogo es posible controlar cómo ha llegado el contenido del mensaje al otro interlocutor y si éste ha entendido correctamente lo que quiere decirse, pues es posible preguntar sobre lo ya dicho y, en caso necesario, añadir nuevos argumentos o precisiones a las cuestiones particulares que no hubieran quedado bien aclaradas; igualmente, mediante el diálogo se hace posible que las cuestiones particulares sean expuestas en función de la persona a la que van dirigidas[4]. Por el contrario, es imposible saber si el contenido de un escrito ha llegado al lector tal como el autor pretende y, aun siendo posible dirigir un escrito concebido para un lector determinado, es en cualquier caso imposible tener

4. Cf. al respecto la intervención de Sócrates en el *Fedro* (271e-272b).

la interacción del diálogo con un público más amplio, para el que no está concebida la obra de manera inmediata. Y es que los escritos son un instrumento mudo al que no se puede formular preguntas y en el que no está asegurada la perfecta comprensión de las ideas que contienen[5]. Esta interacción aludida es fundamental para Platón, que considera la palabra como un medio para comunicar conocimiento, lo cual supone una variación significativa de la concepción sofística del lenguaje como instrumento de poder. En palabras del propio Gorgias: «El *lógos* es un poderoso enorme, que con un cuerpo pequeñísimo y en absoluto visible logra las cosas más maravillosas: puede acabar con el miedo, quitar el dolor, producir alegría y acrecentar el sufrimiento»[6].

En vista de las apreciaciones anteriores, la prolífica actividad literaria de Platón resulta paradójica; de ahí que surja la cuestión de cómo un autor que rechazaba los escritos como medio de transmisión del conocimiento ha legado a la posteridad una abultada producción literaria, que además no ha sido producida sin plan ni de manera poco esmerada. Antes bien, Platón puso un enorme cuidado en todos sus escritos, como puede verse por la estructura y planificación de ellos. En vista de esto, se hace necesario pensar que Platón no desdeñó de una manera absoluta la transmisión escrita, sino que, antes bien, era consciente de que con la publicación y el conocimiento de sus obras sería posible atraer más discípulos a la Academia. Por otra parte, con sus escritos Platón pretendía

5. Cf. p. ej. *Protágoras* 347e.
6. Cf. *Elogio de Helena,* fr. 11, 51 ss.

confeccionar una especie de memorándum que sirviera a sus acólitos para preservar y recordar lo que se había transmitido de manera oral, y, contrariamente a lo que podría suponerse, no tenía como fin la transmisión del pensamiento filosófico.

Platón escribió la mayor parte de su producción en forma de diálogos, y éstos suelen ser agrupados actualmente en razón de criterios cronológicos. Pues en efecto, sería imposible en virtud de su diversidad establecer una ordenación teniendo en cuenta características formales, problemas tratados, la temática o la metodología. En la tabla que se encuentra en la pág. 43 puede observarse la repartición que se hace hoy en día de la obra de Platón, aunque es necesario apuntar que en algunos casos la ubicación temporal de algunas de ellas es aún hoy muy debatida y que respecto a la obra de Platón quedan tantos puntos oscuros como respecto de su propia vida[7].

Los primeros diálogos suelen recibir el nombre de *socráticos* por encontrarse plasmada en ellos la figura histórica del maestro. En éstos se encuentran investigaciones filosóficas muy próximas a las que debía de llevar a cabo Sócrates, destinadas a desarrollar cuestiones éticas mediante definiciones: sobre el valor *(Laques)*, sobre la amistad *(Lysis)*, etc., y suelen tener un final aporético (salvo la *Apología* y el *Critón)*. También se encuentran dentro de esta época algunos diálogos polémicos en torno a los sofistas: *Protágoras* y *Eutidemo*. En los diálogos posteriores, cuando aparece Sócrates, éste habla por boca de Platón. En éstos también se

7. Cf. p. ej. Brandwood 1990 y el *Cambridge Companion to Plato* (ed. R. Kraut) 1992.

intenta buscar la definición de un término, pero ésta no se encuentra en la manera sencilla de los primeros, sino más bien mediante complejas y profundas argumentaciones imbricadas en un diálogo que persigue a la vez varios temas de «candente» actualidad, fundamentalmente en relación con las ideas de la sofística y la filosofía coétaneas (sobre estos temas, v. *infra* en § 4). Como se ha dicho, el *Protágoras* se encuentra de lleno entre los diálogos de la primera época, mientras que por lo general se considera que el *Gorgias* es el último de éstos. Es en éste precisamente, y también en el *Menón,* donde se puede apreciar cómo se va cristalizando un corpus doctrinal propio. En los diálogos de la época intermedia se encuentra desarrollada la teoría de las ideas, que sirve de clave a cuestiones anteriores cuya solución estaba aún pendiente. Por último, las obras tardías tienen una orientación fundamentalmente lógico-metódica. Dentro de este grupo cabe destacar *Las Leyes,* que debían constituir un corpus legal modélico.

No es fácil discernir dentro de los diálogos socráticos cuál es la parte auténticamente perteneciente a Sócrates y cuál es la aportación de Platón, aunque es posible establecer unos criterios que pueden ayudar grosso modo a confirmar la autenticidad de los pensamientos expresados por Sócrates y a distinguirlos de los que pudieran ser propios de Platón. El testimonio de Aristóteles al respecto es esencial, pues en él se encuentran detalles valiosos sobre la forma y el contendido de las intervenciones de Sócrates. Aristóteles dice que Sócrates sólo se limitaba a preguntar y nunca respondía, y que siempre argumentaba de manera inductiva. Por otra parte, Aristóteles indica que el interés de Sócrates se centraba en las cues-

tiones éticas (en tanto que Platón tiene unos intereses filosóficos más amplios) y que fue el primero en buscar de manera sistemática universales, los cuales no separaba[8], mientras que Platón sí que lo hacía. A todos estos criterios se puede añadir además la enorme influencia que ejercieron en Platón Heráclito y los pitagóricos, cuyas doctrinas se encuentran a menudo en los diálogos y son independientes del pensamiento de Sócrates[9].

4. La sofística y los sofistas

En la lectura se van a encontrar referencias casi constantes a la sofística, bien por constituir tema principal, como en el *Protágoras,* bien porque importantes sofistas o alumnos suyos intervienen de manera decisiva en muchos de los diálogos platónicos; y los aquí seleccionados no constituyen una excepción.

El sofista era para los griegos aquella persona que se ocupaba de la *sofía,* esto es, aquel que sabía de algún arte sea de una manera teórica o práctica: la construcción de navíos, la navegación, la escultura, etc. Sin embargo, con la paulatina especialización social e intelectual, la palabra *sofista* va restringiendo cada vez más su campo de aplicación a la esfera intelectual (poetas, cómicos, cantantes o incluso matemáticos), dejando de lado aspectos

8. Aristóteles emplea la palabra *chōrismós,* «separación», cuya acepción real es en la actualidad algo controvertida.
9. Sobre la figura de Sócrates en los diálogos recientes, cf. el artículo de Th. Penner en el *Cambridge Companion to Plato* (ed. R. Kraut). Las referencias de Aristóteles se encuentran en la n. 2 de la *op. cit.*

materiales. En el siglo VI la esfera semántica se reduce aún algo más y la *sofía* pasa a ser el nombre que caracteriza la actividad de los pensadores, que entonces recibirán el nombre de «sofistas».

En esa época era muy corriente que el término *sofista* se aplicase a cualquiera que se dedicase a una actividad intelectual, y se encuentra también frecuentemente dicho de filósofos como Pitágoras, Sócrates, Platón e incluso del mismo Aristóteles[10]. Es necesario recalcar que la aplicación de esta denominación a todo tipo de pensadores y filósofos se produce dentro de lo que podríamos considerar como un uso popular, pues éstos, a los que también se les tacha de sofistas, no suelen presentarse a sí mismos como defensores de la sofística sino más bien como sus detractores. El *Protágoras* es prueba fehaciente de ello. La equiparación de la sofística a la filosofía no es acertada, pues, en efecto, los objetivos de una y otra eran diferentes: mientras que los filósofos inquirían sobre la naturaleza (y sobre el hombre en cuanto parte integrante de ésta), los sofistas se dedican al estudio del hombre por sí mismo y al de cualquiera de sus manifestaciones (religión, ética, política, arte, etc.). El método también diferencia a filósofos de sofistas; los unos buscan por deducción un principio único *(archḗ)* que explique el mundo. Este principio especulativo habrá de dar explicación a la naturaleza. La sofística se basa por el contrario en un mé-

10. Sobre Pitágoras, cf. Heródoto 4.95; sobre Sócrates, cf. la caracterización de Aristófanes en las *Nubes* o en Esquines *in Tim.* 173; sobre Platón, cf. Lisias apud *Schol. Plat.* p. 324 Bk.; sobre Aristóteles, cf. Luciano *Dial. mort.* 25.3.

todo empírico-deductivo. Los sofistas se limitan a ir recogiendo conocimientos de los que extraen conclusiones. Finalmente, unos y otros también persiguen distintos fines: los filósofos buscan la verdad, el conocimiento objetivo del mundo; los sofistas son pragmáticos pues sólo coleccionan conocimientos que son útiles para poder dominar con acierto las diversas situaciones de la vida.

Los filósofos no buscaban necesariamente alumnos, y en caso de tenerlos, aspiraban a formarlos también como filósofos. Los sofistas no podían entenderse sin alumnos, pues necesitaban de ellos. Su aspiración no era convertir a los alumnos en sofistas, sino transmitirles el saber necesario para que pudieran valerse eficazmente en la vida. Con los condicionantes políticos y sociales de las polis griegas, esto significaba que el alumno debía ejercitarse en la dialéctica y en la retórica para poder adquirir poder político. Para ello no era necesario (ni frecuentemente deseable) buscar ni presentar un conocimiento objetivo, sino conseguir una pericia al hablar que permitiera ganar al contrario en la asamblea o lograr éxito en una causa ante los tribunales.

Los sofistas prestaban sus enseñanzas a jóvenes de buena familia a cambio de cuantiosas sumas de dinero. Con el fin de ganarse a ese público que a la postre les alimentaba se daban a conocer en reuniones públicas o privadas donde hacían ejercicios de retórica, así como de improvisación, sobre cualquier tema que les fuera sugerido (cf. *Gorgias* 447c). El sustento provenía fundamentalmente de las cantidades que les entregaban sus alumnos, aunque también sacaban provecho de sus intervenciones públicas al exigir el pago de una entrada. El quehacer de los sofis-

tas y sus artes han sido magistralmente plasmados por Platón en los diálogos que se presentan en este volumen.

5. El *Protágoras*

Las escenas plasmadas en el *Protágoras* debieron de tener lugar en torno al año 432 a.C., poco antes del inicio de las hostilidades que se dieron en llamar *Guerras del Peloponeso*. La fecha de composición es incierta, y podría tal vez situarse entre los años 403 a 400, es decir todavía en vida de Sócrates. Con todo, creyendo ver una alusión a la muerte de Sócrates en 346b, algunos autores piensan que el diálogo pudo componerse en fecha posterior.

El personaje histórico que da título al diálogo, Protágoras (ca. 480-410), era un conocido y apreciado sofista originario de Abdera, ciudad situada en la costa tracia y que fue también patria de Demócrito. Protágoras viajó mucho debido a su oficio y se sabe que estuvo en Atenas durante varias ocasiones de desigual duración. Al ser considerado como uno de los mejores sofistas de la época, era frecuentemente requerido para que impartiera sus enseñanzas a jóvenes de buena familia con el fin de que aprendieran el arte de la discusión y el de dirigirse a las masas. Protágoras era un escéptico que relativizaba todos los valores y negaba el conocimiento objetivo de las cosas. Una de las frases más conocidas de Protágoras, que ejemplifica bien su ideario, es «el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto son y de las que no son en cuanto no son» (fr. 1), que se encontraba al inicio de uno de sus escritos.

El *Protágoras* es la primera obra literaria que discute en profundidad la sofística como corriente de pensamiento. La discusión trata sobre la esencia y el carácter de la virtud, si ésta es saber o no y si es un saber de lo bueno y bello, en contraposición al mero saber técnico. Junto a la disquisición sobre la virtud, presente en todo el diálogo, inicialmente se toca también el tema de su enseñabilidad, aunque poco a poco va perdiendo interés, para volver a recuperarlo sin embargo, ya al final, aunque esto sea muy brevemente.

Desde el punto de vista socrático, no es posible discutir sobre si la virtud es enseñable en tanto que no se sepa qué es la virtud. Una vez que se ha examinado la virtud en profundidad, es posible concluir que la virtud es enseñable ya que se ha puesto al descubierto que ésta es saber. La defensa que Sócrates hace de sí mismo reiterando que él no es un maestro de virtud *(Ap.* 19d ss.) puede resultar tras la lectura del *Protágoras* paradójica; sin embargo se debe considerar que Sócrates está marcando distancias con respecto a la sofística y tácitamente está diciendo que él tiene otro concepto de la virtud, definido en el *Protágoras,* muy alejado de la superficialidad y de la ambigüedad con que se utilizaba el término por los sofistas. Asimismo, con esta precisión Sócrates quiere delimitar los campos de actuación de la sofística y de la filosofía, que en aquella época resultaban a menudo difusos, aun siendo disciplinas bien distintas, tanto en el método como en los objetivos[11].

11. Sobre la sofística y las relaciones de Sócrates y Platón con ésta, cf. el artículo de Th. Irwin en el *Cambridge Companion to Plato* (ed. R. Kraut), esp. págs. 64 ss.